

umbral de su casa; el pescador remienda sus redes en su barca, y por encima de sus cabezas el sol madura los racimos en la colina. Todos hacen lo que Dios les dá que hacer, lo mismo el astro que el hombre.

Las ciudades son de un aspecto más complicado y más tumultuoso. Abundan en el Rhin, Bingen, Oberwesel, San Goar, Neuwied, Andernach, Linz, municipio importante de torres cuadradas, que fué sitiado por Carlos el Temerario en 1476, y que tiene frente por frente, al otro lado del Rhin, á Sinzig, construido por Sentius para guardar la embocadura del Aar. Boppard, la antigua Bodobriga, fuerte de Druso, quinta real de reyes francos, ciudad imperial proclamada al mismo tiempo que Oberwesel, bailía de Tréveris, vieja ciudad encantadora, que conserva un ídolo en su iglesia, por encima de la cual dos campanarios romanos, apareados por un puente, les hacen aparecer como dos grandes bueyes uncidos al yugo. En ella noté, cerca de la puerta de la ciudad, hácia la parte superior, un precioso ábside arruinado. Caub, la ciudad de los palatinos. Braubach, llamada en una carta de 933 feudo de los condes de Arnstein de Lahngau, ciudad imperial en tiempo de Rodolfo en 1279, propiedad de los condes de Katzenellenbogen en 1283, que vino á parar en la Hesse en 1473, en Darmstadt en 1632 y en 1802 en Nassau.

Braubach, que comunica con los baños de Taunus, está admirablemente situada al pié de la alta roca que lleva en su cima el Markusburg. El viejo castillo de Saint-Marc es hoy una prision de Estado. Todo marqués quiere tener pajes. Me parece que M. de Nassau se permite tener prisioneros de Estado. Es un hermoso lujo.

Doce mil seiscientos habitantes en mil cien casas; un puente de treinta y seis buques construido en 1819 sobre el Rhin, un puente de catorce arcos sobre el Mosela, construido con piedra de lava sobre los mismos cimientos del puente edificado hácia 1311 por el arzobispo Baudoin, por medio de un amplio gasto de indulgencias; el célebre fuerte Ehrenbreistein, rendido á los franceses el 27 de Enero de 1799, despues de un bloqueo en que los sitiados pagaron por un gato tres francos y por una libra de caballo treinta sueldos; un pozo de quinientos ochenta piés de profundidad, perforado por el margrave Juan de Bade; la plaza del Arsenal, donde se veia en otro tiempo la

famosa culebrina el *Griffon*, que recibia una carga de ciento sesenta libras y pesaba veinte mil; un buen convento viejo de franciscanos convertido en hospital en 1804; una Nuestra Señora romana, restaurada al gusto Pompadour y pintada de color de rosa; una iglesia de San Florin, convertida en almacén de forraje por los franceses, hoy en iglesia evangélica, lo que es peor bajo el punto de vista del arte, y pintada tambien de color de rosa; una colegiata de San Castor enriquecida con una fachada de 1805 é igualmente pintada de color de rosa, y ninguna biblioteca; hé aquí Coblenza, que los franceses escriben *Coblentz* por atención á los alemanes, como los alemanes escriben *Coblence* por miramiento á los franceses. En un principio, real romano en el Althehof; despues, en tiempo de los francos, corte real; residencia imperial hasta Luis de Baviera, ciudad patrocinada por los condes de Amstein hasta 1250, y desde Arnould II por los arzobispos de Tréveris; sitiada en vano en 1688 por Vauban y por Luis XIV en persona, Coblenza fué tomada por los franceses en 1794 y dada á los prusianos en 1815. Por lo que á mí afecta, no entré en ella. Tantas iglesias de color de rosa me espantaron.

Como punto militar, Coblenza es un lugar importante. Sus tres fortalezas hacen frente á todas partes. La Chartreuse domina el camino de Maguncia, el Petersberg guarda el camino de Tréveris y de Colonia, el Ehrenbreistein vigila el Rhin y el camino de Nassau.

Como paisaje, Coblenza quizás está demasiado envanecida, sobre todo si se la compara con otras ciudades del Rhin que nadie visita y de las que nadie habla. Ehrenbreistein, en otro tiempo bella y colosal ruina, es hoy una glacial y tétrica ciudadela que corona llanamente una magnífica roca. Las verdaderas coronas de las montañas eran las antiguas fortalezas. Cada torre era un florón.

Algunas de estas ciudades tienen inestimables riquezas de arte y de arqueología. Los más viejos maestros y los más grandes pintores pueblan sus museos. El Dominiquino, los Carrachio, el Guerschin, Jordaens, Snyders, Laurent Sciarpelloni, están en Maguncia. Agustín Braun, Guillermo de Colonia, Rubens, Alberto Durero, Mesquida, están en Colonia. Holbein, Lucas de Leyde, Lucas Cranach, Scorel, Rafael, la *Vénus dormida* de Ticiano, están en Darmstadt. Coblenza tiene las obras completas de Al-

berto Durero, excepcion hecha de cuatro cuadros. Maguncia tiene el salterio de 1459. Colonia tenia el famoso misal del castillo de Drachenfels, iluminado en el siglo doce, el que dejó perder, pero en cambio conserva y guarda todavía las preciosas cartas de Leibnitz al jesuita de Brosse.

Estas hermosas ciudades y estas encantadoras aldeas están esparcidas entre la naturaleza más salvaje. Los vapores se arrastran por los barrancos; los nubarrones, enganchados en las colinas, parecen vacilar y estar indecisos á merced del viento; sombríos bosques druidicos se hunden entre las montañas en las lontananzas, que ofrecen color de violeta; grandes aves de presa se ciernen por debajo de un cielo caprichoso que junta en su bóveda particularidades de los dos climas que el Rhin separa; tan pronto se muestra deslumbrante de rayos como un cielo de Italia, como sucio de brumas rojizas como un cielo del Groenland. La ribera es áspera; las lavas son azules, los basaltos negros: por todas partes se vé el mica y el cuarzo en polvo; por todas partes se observan quebraduras violentas; las rocas tienen perfiles de gigantes chatos. Cumbres de arcillas formando hojas y finas como sedas, brillan al sol y aparecen como espaldas de jabalíes enormes. El aspecto de todo el rio es extraordinario.

Es evidente que al formar el Rhin la naturaleza premeditó un desierto; el hombre lo ha convertido en una calle.

En tiempo de los romanos y de los bárbaros fué la calle de los soldados. En la Edad Media, como el rio casi por completo estaba orlado de Estados eclesiásticos y ocupado, hasta cierto punto, desde su origen á su embocadura, por el abad de Saint-Gall, el príncipe-obispo de Constanza, el príncipe-obispo de Basilea, el príncipe-obispo de Estrasburgo, el príncipe-obispo de Spira, el príncipe-obispo de Worms, el arzobispo-electo de Maguncia, el arzobispo-electo de Tréveris y el arzobispo-electo de Colonia, se llamaba el Rhin la *calle de los sacerdotes*. Hoy es la calle de los comerciantes.

El viajero que sube el rio le vé, por decirlo así, venir hácia sí, y de esta manera el espectáculo es más bello. Cada instante se encuentra una cosa que pasa; tan pronto es un estrecho buque-flecha, que asusta verle andar, tan cargado vá de aldeanos, sobre todo los domingos, día en que esos bravos ribereños católicos, que prestan sus servicios á los hu-

gonotes, van de vez en cuando á buscar su misa muy lejos; tan pronto un vapor empavesado; tan pronto una larga embarcación de dos velas latinas bajando el rio con su cargamento que levanta una joroba junto al palo mayor, su piloto atento y grave, sus marineros atareados, alguna mujer sentada á la puerta de los camarotes y en medio de los fardos el cofre de los marinos pintado con chapas rojas, verdes y azules. O bien son largos tiros uncidos á pesados buques que marchan contra la corriente lentamente; ó un caballo animoso remolcando él solo una ancha barca de un puente, como una hormiga que arrastra un escarabajo muerto. De pronto el rio tuerce, y al efectuar el rodeo, desemboca majestuosamente una gran almadía de Namedy. Trescientos marineros manobran en la monstruosa máquina; los inmensos remos golpean el agua cadenciosamente atrás y adelante; un buey enteramente abierto y manando sangre pende colgado de los masteleros; otro buey vivo gira alrededor del poste donde está atado, y muge viendo las becerras pacer en la orilla; el patron sube y baja la escalera doble de su camarote; la bandera tricolor horizontal flota desplegada al viento; el carbon cok atiza el fuego en la gran caldera, el humo sale de tres ó cuatro toldillas, adonde van y vienen los marineros; todo un villorrio vive y flota sobre esa tarima de abeto.

Esas gigantescas almadías son, al lado de las antiguas grandes embarcaciones del Rhin, lo que una chalupa es á un navío de tres puentes. La almadía antigua, formada como hoy de pinos destinados á la arboladura, de robles, tablones y leña menuda, unida en sus extremidades por contrapares llamados *bundsparren*, atada en sus junturas con tiras de mimbres y garfios de hierro, llevaba quince ó diez y seis casas, diez ó doce botes cargados de áncoras, sondas y járcias, mil remeros, tenia ocho piés de profundidad en el agua, setenta piés de anchura y cerca de novecientos piés de larga, es decir, la longitud de diez pinos grandes de la Murg atados de cabo á cabo. Alrededor de la almadía central y amarados á su banda á la mitad de un tronco de árbol, que servia á la vez de puente y de cable, flotaban, sea para darle dirección, sea para disminuir los peligros de encallar, diez ó doce pequeñas embarcaciones de cerca de ochenta piés de largo, llamadas las unas *kniee* y las otras *anhänge*. Habia en la gran almadía una

calle que desembocaba por un lado con una vasta tienda y por el otro con la casa del patron, especie de palacio de madera. La cocina humeaba sin cesar. Una gran caldera de cobre hervía allí día y noche. Por la tarde y por la mañana el piloto daba la consigna y levantaba por encima de la almadía una cesta suspendida en una percha; era la señal de la comida, y los mil trabajadores acudían con sus escudillas de madera. Estas embarcaciones consumían en un viaje ocho pipas de vino, seiscientos moyos de cerveza, cuarenta sacos de legumbres secas, mil doscientas libras de queso, mil quinientas libras de manteca, diez mil libras de carne ahumada, veinte mil libras de pan. Llevaban un rebaño y matarifes. Cada una de esas embarcaciones representaba siete ú ochocientos mil florines, es decir, cerca de dos millones de francos.

Con dificultad se llega uno á imaginar esa grande isla de madera navegando de Namedy á Dordrecht, y arrastrando tortuosamente su archipiélago de islotes á través de los ángulos, embudos, cascadas, torbellinos y rodeos del Rhin. Los naufragios eran frecuentes. Es proverbial que antes se decía, y aun ahora se dice, que un empresario de almadías debía tener tres capitanes, el primero en el Rhin, el segundo en tierra y el tercero en cartera. El arte de conducir entre tantos escollos esas espantosas ensambladuras no pertenecía de ordinario más que á un solo hombre por generacion. Á fines del siglo último era el secreto de un patron de Rudesheim llamado el viejo Jung. Muerto Jung, las grandes embarcaciones desaparecieron.

En los actuales momentos veinticinco vapores suben y bajan el Rhin diariamente. Los diez y nueve buques de la compañía de Colonia, que se conocen por su chimenea blanca y negra, van de Estrasburgo á Dusseldorf; los seis buques de la compañía de Dusseldorf, que tienen la chimenea tricolor, van de Maguncia á Rotterdam. Esta inmensa navegacion empalma con Suiza por el dampschiff de Estrasburgo á Basilea y con Inglaterra por los steamboats de Rotterdam á Londres.

La antigua navegacion rhenana, que perpetúan los buques de vela, contrasta con la navegacion nueva, que representan los buques de vapor. Los buques de vapor, rientes, coquetones, elegantes, confortables, rápidos, engalanados y

empavesados con los colores de diez naciones, Inglaterra, Prusia, Nassau, Hesse, Baden, tricolor holandés, tienen por invocacion nombres de príncipes y de ciudades: *Ludwig II, Gross-herzog-von-Hessen, Koenigin Victoria, Herzog-von-Nassau, Prinzessin Mariann, Gross-herzog-von-Baden, Stadt-Manheim, Stadt-Coblentz*. Los buques de vela pasan lentamente, llevando en su proa nombres graves y dulces: *Pius, Columbus, Amor, Sancta Maria, Gratia Dei*. Los buques de vapor están barnizados y dorados; los buques de vela están alquitranados. El buque de vapor es la especulación; el buque de vela es la navegacion austera y creyente. Los unos caminan haciendo un reclamo, los otros haciendo una oracion. Los unos cuentan con los hombres, los otros cuentan con Dios.

Esta vigorosa y sorprendente antítesis se cruza y se hace frente á cada instante en el Rhin.

En este contraste respira con singular poder de realidad el doble espíritu de nuestra época, que es hija de un pasado religioso y se cree madre de un porvenir industrial.

Cuarenta y nueve islas cubiertas de espesa verdura, ocultando techos que húmean entre manojos de flores y resguardando barcas en puertos tan pequeños como encantadores, se dispersan en el Rhin, de Colonia á Maguncia. Todas tienen algun recuerdo. Graupenwerth, punto donde los holandeses construyeron un fuerte, al que llamaron *Bonetero*. Pfaffenmüth, fuerte que los españoles, escandalizados, recobraron y bautizaron con el nombre de *Isabel*. Graswerth, isla de la Yerba, donde Juan Felipe de Reichenberg escribió sus *Antigüedades Saxonenses*. Niederwerth, en otro tiempo tan rica con las dotaciones del margrave-arzobispo Juan II. Urmitzer Insel, que vió á César, y Nonnenswert, que vió á Rolando.

Los recuerdos de las riberas parecen responder á los recuerdos de las islas. Permíteme desflorar aquí algunos: ya volveré á ocuparme ahora mismo con más detalles de este interesante asunto. Toda sombra que se levanta en una orilla del rio hace levantar otra en la otra orilla. El ataúd de Santa Nizza, nieta de Luis el Benigno, está en Coblentz; la tumba de Santa Ida, prima de Carlos Martel, está en Colonia. Santa Hildegarda dejó en Eubingen el anillo que le dió San Bernardo, con esta divisa: *Yo amo el sufrir*. Sigeberto es el último rey de

Austrasia que habitó en Andernach. Santa Genoveva vivía en Frauenkirch, en los bosques, cerca de una fuente mineral, que linda hoy con una capilla conmemorativa. Su marido residía en Altsimmern. Schinderhannes devastó el valle del Nahe. Aquí es donde un día se divirtió, pistola en mano, en hacer descalzar á un grupo de judíos, y en obligarles en seguida á que volvieran á calzarse precipitadamente despues de haber mezclado sus zapatos. Los judíos se fueron cayendo y levantándose, lo que hizo reír á Juan el Desollador. Antes de Schinderhannes, este agradable valle tuvo á Luis el Negro, duque de Deux-Ponts.

Cuando el viajero que sube ha pasado Coblentz y dejado detrás de sí la graciosa isla de Oberwerth, donde yo no sé qué construccion blanca ha sustituido á la vieja abadía de damas nobles de Santa Magdalena-sur-l' Ile, se le aparece la embocadura del Lahn. El sitio es admirable. A la orilla del agua, detrás de un confuso grupo de embarcaciones amaradas, se alzan los dos campanarios ruinosos de Johanniskirch, que recuerdan vagamente á Jumieges. A la derecha, por encima del pueblo de Capellen, sobre la cima de una sierra, se levanta Stolzenfels, la vasta y magnífica fortaleza arzobispal donde el elector Werner estudiaba la Almuchabala; y á la izquierda, sobre el Lahn, en el fondo del horizonte, las nubes y el sol se mezclan á las sombrías ruinas de Lahneck, llenas de enigmas para el historiador y de tinieblas para el anticuario. A los dos lados del Lahn dos bonitas poblaciones, Niederlahnstein y Oberlahnstein, unidas la una á la otra por una alameda de árboles, se miran y parecen sonreirse. A no mucha distancia de la puerta oriental de Oberlahnstein, que tiene aun su negro cinturón de zanjás y barbacas, los árboles de un vergel dejan ver y ocultan á la vez una capillita del siglo catorce, revocada y rejuvenecida, sobre la cual descansa un mezquino y pequeño campanario. Esta capilla ha visto deponer al emperador Wenceslao.

En esta iglesia de aldea es donde el año de Cristo 1400, los cuatro electores del Rhin, Juan de Nassau, arzobispo de Maguncia; Federico de Saarwerden, arzobispo de Colonia; Werner de Koenigstein, arzobispo de Tréveris, y Ruperto III, conde palatino, proclamaron solemnemente desde lo alto de la fachada la destitucion de Wenzel, emperador de Alemania. Wenceslao era un hombre indolente y

despreciable, borracho y feroz despues de haber bebido. Hacia ahogar á los sacerdotes que se negaban á confiarle el secreto de la confesion. Aun sospechando de la fidelidad de su mujer, tenía confianza en su talento y sufría la influencia de sus ideas. Así que esto inquietaba á Roma. Wenceslao tenía por mujer á Sofía de Baviera, la que tenía por confesor á Juan Huss. Juan Huss, propagando á Wiclef, minaba el poder del Papa, y el Papa hirió al emperador. Por instigacion de la Santa Sede los tres arzobispos convocaron al conde palatino. El Rhin desde entonces dominaba á Alemania. Los cuatro desafiaron al emperador; despues nombraron en su lugar al que de entre ellos no era eclesiástico, al conde Ruperto. Ruperto, á quien esta recompensa le fué sin duda secretamente prometida, fué á pesar de todo un digno y noble emperador. Ya ves que, en su alta tutela de los reinos y de los reyes, la accion de Roma, tan pronto pública, tan pronto oculta, era alguna vez beneficiosa. La sentencia dictada contra Wenceslao descansaba en seis cargos; los cuatro principales eran: primero, dilapidacion de la Hacienda; segundo, cisma de la Iglesia; tercero, guerras civiles del imperio, y cuarto, haber hecho acostar los perros en su cámara.

Juan Huss continuó y Roma también. — *Antes que cejar*, decía Juan Huss, *prefiero que se me arroje al mar con una muela de molino al cuello*. Empuñó la espada del espíritu y luchó cuerpo á cuerpo con Roma. Despues, cuando el Concilio le obligó, marchó atrevidamente, *sin salvo-conducto, venimus sine salvo conductu*. Tú sabes el fin. El desenlace tuvo lugar el 6 de Julio de 1415. Los años, que carcomen todo lo que es carne y superficie, reducen también los hechos al estado de cadáver y ponen las fibras de la historia al descubierto. Hoy, para el que considera, gracias á esta desnudez, la construccion providencial de los acontecimientos de esta sombría época, la deposicion de Wenceslao es el prólogo de una tragedia, de la que la hoguera de Constanza es la catástrofe.

Enfrente de esta capilla, en la ribera opuesta, á la orilla del rio, se veía aun, no hace medio siglo, el sitio real, ese antiguo Koenigsstuhl de que ya te he hablado. El Koenigsstuhl, apreciado en su conjunto, tenía diez y siete piés alemanes de elevacion y veinticuatro de diámetro. Hé aquí la figura que ofrecía: siete pilares de piedra sostenían una ancha

plataforma octógona de piedra, que descansaba en su centro en un octavo pilar más grande que los otros, figurando el emperador en medio de los siete electores. Siete sillas de piedra, correspondiendo á los siete pilares, por encima de los cuales estaba colocada cada una de ellas, ocupaban, formadas en círculo y mirándose, siete tableros de la plataforma. El octavo, que miraba al Mediodía, lo llenaba la escalera, maciza grada de piedra formada de catorce peldaños, dos peldaños por elector. Todo tenía su intencion en ese grave y venerable edificio. Detrás de cada silla y al frente de cada tablero de la plataforma octógona estaban esculpidos y pintados los blasones de los siete electores: el leon de Bohemia; las espadas cruzadas de Brandeburgo; Sajonia, que lo tenía blanco con el águila de gules; el Palatinado, que lo tenía rojo con el leon blanco; Tréveris, que lo tenía blanco con la cruz de gules; Colonia, que lo tenía blanco con la cruz negra, y Maguncia, que lo tenía rojo con la rueda blanca. Estos blasones, cuyos esmaltes, colores y dorados se enmohecían por efecto del sol y de la lluvia, eran el único ornamento de ese viejo trono de granito.

Allí era, al aire libre, expuestos á los rayos del sol, sentados en aquellos rígidos sillones de piedra, sobre los cuales se deshojaban los árboles y pasaba la sombra de las nubes, rudos y sencillos, ingenuos y augustos como los reyes de Homero, donde los antiguos electores de Alemania elegían entre ellos el emperador. Más tarde, esas grandes costumbres desaparecieron y una civilización menos épica reunió alrededor de la mesa de cuero de Francfort á los siete príncipes, que se elevaron á fines del siglo diez y siete al número de nueve por la accesión de Baviera y de Brunswick al electorado.

Los siete príncipes que se sentaban en esas piedras en la Edad Media eran poderosos y eminentes. Los electores ocupaban el sitio más elevado del Sacro Imperio. Precedían, en la marcha imperial, á los cuatro duques, los cuatro archimariscasles, los cuatro landgraves, los cuatro burgraves, los cuatro condes jefes de guerra, los cuatro abades, los cuatro representantes de los pueblos, los cuatro caballeros, los cuatro representantes de las ciudades, los cuatro representantes de las aldeas, los cuatro campesinos, los cuatro marqueses, los cuatro condes, los cuatro señores, los cuatro representantes

de las montañas, los cuatro barones, los cuatro dignatarios, los cuatro monteros, los cuatro funcionarios de Suavia y los cuatro servidores. Cada uno de ellos hacía llevar delante de sí, por su mariscal particular, una espada con vaina dorada. Llamaban á los otros príncipes las *testas coronadas*, y ellos se nombraban las *manos coronantes*. La Bula de Oro los comparaba á los siete dones del Espíritu Santo, á las siete colinas de Roma y á los siete brazos del candelero de Salomon. Entre ellos, la calidad electoral era preferida á la calidad real; el arzobispo de Maguncia iba á la derecha del emperador y el rey de Bohemia á la derecha del arzobispo. Eran tan grandes, se les veía de tan lejos en Europa y dominaban las naciones de tan alto, que los aldeanos de Wesen, en Suiza, llamaban y llaman aun las siete agujas náuticas de su lago *Sieben Churfürsten* á los Siete Electores.

El Koenigsstuhl ha desaparecido, los electores también; cuatro piedras indican hoy el lugar del Koenigsstuhl; nada indica el lugar de los electores.

En el siglo diez y seis, cuando se hizo moda nombrar al emperador en Francfort, tan pronto en la sala del Rœmer, tan pronto en la capilla-cónclave de San Bartolomé, la elección vino á ser una ceremonia complicada. La etiqueta española se reflejó en ella. El formulario fué minucioso; el aparato severo, sospechoso y algunas veces terrible. En la mañana del día fijado para la elección se cerraban las puertas de la ciudad, los vecinos se ponían sobre las armas, los tambores del campo sonaban, la campana de alarma repicaba; los electores, vestidos de brocado de oro y revestidos con la toga encarnada forrada de armiño, cubiertos los seglares con el birrete electoral y los arzobispos con la mitra escarlata, recibían solemnemente el juramento del magistrado de la ciudad, que prometía garantizarles *de la sorpresa del uno al otro*; esto hecho, se prestaban ellos mismos juramento los unos á los otros en manos del arzobispo de Maguncia; después se les decía la misa; se sentaban en las sillas de terciopelo negro, el mariscal del Sacro Imperio *cerraba las puertas* y procedían á la elección. Por muy cerradas que estuviesen las puertas, los cancilleres y los notarios iban y venían. Por último, los *tres reverendos* se ponían de acuerdo con *los tres ilustres*; el rey de los romanos era nombrado; los príncipes se levantaban de sus sillas, y mientras que se hacía la

presentación al pueblo en las ventanas del Rœmer, uno de los sufragáneos de Maguncia cantaba en San Bartolomé un *Te-Deum* con tres coros, acompañado por los órganos de la iglesia, las trompetas de los electores y las trompetas del emperador.

Todo al ruido de las grandes campanas repicadas en las torres y de los grandes cáñones que se disparaban de alegría, dice, en su curioso manuscrito, el narrador anónimo de la elección de Matías II.

En el Koenigsstuhl la ceremonia se hacía con más sencillez y más grandeza á mi modo de ver. Los electores subían procesionalmente á la plataforma por los catorce peldaños, que tenían cada uno un pié de alto, y se sentaban en sus sillones de piedra. El pueblo de Rhens, contenido por los arcabuceros, rodeaba la silla real. El arzobispo de Maguncia, puesto en pié, decía: *Nobilísimos príncipes, el Sacro Imperio está vacante*. Después entonaba la antifona *Veni, Sancte Spiritus*, y los arzobispos de Colonia y de Tréveris cantaban las otras colectas que se rezan. Terminado el canto, los siete prestaban juramento; los seglares poniendo la mano sobre el Evangelio y los eclesiásticos sobre el corazón. Distinción bella y conmovedora, que quiere decir que el corazón de todo sacerdote debe ser un ejemplar del Evangelio. Después de prestado el juramento, se les veía sentados en círculo hablarse en voz baja; de pronto el arzobispo de Maguncia se levantaba, extendía sus manos al cielo y lanzaba al pueblo, disperso á lo lejos en los vallados, las malezas y las praderas, el nombre del nuevo jefe temporal de la cristiandad. Entonces el mariscal del imperio enarbolaba la bandera imperial en la orilla del Rhin y el pueblo gritaba: *Vivat rex!*

Antes de Lotario II, que fué elegido el 11 de Setiembre de 1125, la misma águila, el águila de oro, se ostentaba en la bandera del imperio de Oriente y en la bandera del imperio de Occidente; pero el cielo encendido de la aurora se reflejaba en la una y el cielo frío del septentrion en la otra. La bandera de Oriente era roja; la bandera de Occidente era azul. Lotario sustituyó á estos colores los colores de su casa, oro y negro. El águila de oro en un cielo azul fué reemplazada en el estandarte imperial por el águila negra en un cielo de oro. Mientras hubo dos imperios, hubo dos águilas, y esas dos águilas no tuvieron más que una cabeza. Pero al finalizar el

siglo quince, cuando el imperio griego se desplomó, el águila germánica quedó sola, quiso representar los dos imperios, miró á la vez al Occidente y al Oriente y tomó dos cabezas.

No es esta, sin embargo, la primera aparición del águila de dos cabezas. Se la vió esculpida en la adarga de uno de los soldados de la columna de Trajano, y si hay que creer al monje de Attaich y á la compilación de documentos de Urstius, Rodolfo de Hapsbourg la llevaba bordada en su pecho el 26 de Agosto de 1278 en la batalla de Marchefeld.

Cuando la bandera era enarbolada en la orilla del Rhin en honor del nuevo emperador, el viento agitaba los pliegues, y fundándose en la manera como flotaba, el pueblo hacía sus presagios.

En 1346, cuando los electores, obligados por el Papa Clemente VI, proclamaron desde lo alto del Koenigsstuhl á Carlos, margrave de Moravia, rey de los romanos, aun viviendo Luis V, al grito de *Vivat rex!* la bandera imperial cayó en el Rhin y en él se perdió. Cincuenta y cuatro años más tarde, en 1400, el fatal presagio se cumplió; Wenceslao, hijo de Carlos, fué depuesto.

Y esta caída de la bandera fué también la caída de la casa de Luxemburgo, que, después de Carlos IV y Wenceslao, no dió más que un emperador, Segismundo, y se borró para siempre ante la casa de Austria.

Después de haber dejado atrás el lugar donde estuvo el Koenigsstuhl, derribado ya, como cosa feudal, por la Revolución francesa, se sube hacia Braubach, se franquea Boppard, Welmich, San Goar, Oberwesel, y de repente á la izquierda, en la ribera derecha, aparece, semejante al techo de una casa de gigantes, una gran roca de arcilla, sobre la cual se levanta una torre enorme, que parece desatascar como una chimenea colosal la fría humareda de las nubes. Al pié de la roca, á lo largo del río, una bonita ciudad, agrupada alrededor de una iglesia romana con flecha, presenta todas sus fachadas al Mediodía. En medio del Rhin y delante de la ciudad, con frecuencia semi-velada por las brumas del río, se levanta sobre una roca á flor de agua un edificio oblongo, estrecho, de altas márgenes, que por delante y por detrás cortan las olas como una proa y una popa, en el que las ventanas anchas y bajas imitan escotillas y portas de baterías, y en el que la pared inferior con sus mil garfios de hierro dibuja áncoras y ar-

peos. Almohadillados caprichosos y pequeñas barranquillas fuera de lugar se suspenden como si fueran barcas y chalupas en los flancos de esta extraña construcción, que entrega al viento, como las banderolas de sus mástiles, las cien velas de sus agudos y pequeños campanarios.

Esta torre es el Cutenfels; esta ciudad es Caub; ese navío de piedra, eternamente á flote en el Rhin y eternamente echada el áncora delante de la ciudad palatina, es el palacio, es el Pfalz.

Ya te he hablado de Pfalz. No se encontraba en esta residencia simbólica, edificada sobre un banco de mármol llamado la *Roca de los condes palatinos*, más que por medio de una escalera, que desembocaba en un puente levadizo que se vé todavía. Había allí calabozos para los prisioneros de Estado, y una salita donde las condesas palatinas estaban obligadas á esperar la hora de su parto, sin tener otra distracción que ir á ver en las cuevas del palacio un pozo abierto en la roca más bajo que el lecho del Rhin y lleno de una agua que no era el agua del Rhin. Hoy el Pfalz ha cambiado de dueño: M. de Nassau posee el palacio palatino; el palacio está desierto; ninguna cuna principal se mece en esas losas, ningún vajido soberano turba esas bóvedas negras. No queda más que el pozo misterioso que se llena siempre. Ay! Una gota de agua que filtra á través de una roca se agota menos pronto que las razas reales.

En la gran extensión del río, Pfalz es vecino del Koenigsstuhl. El Rhin veía, casi al mismo tiempo, á una mujer dar á luz al conde palatino y al imperio dar á luz un emperador.

Del Taunus á los Siete-Montes, á los dos lados de la magnífica vertiente que encajona el río, había catorce castillos en la ribera derecha: Ehrenfels, Fursteneck, Gutenfels, Rineck, el Gato, el Raton, Liebenstein y Sternberg, que se nombra los Hermanos; Markusburg, Philipsburg, Lahneck, Sayn, Hammerstein y Okenfels; quince castillos en la ribera izquierda: Vogtsberg, Reichenstein, Rheinlein, Falkenburg, Sonneck, Heimbürg, Furstenberg, Stahleck, Schöenberg, Rheinfels, Rheinberg, Stolzenfels, Rheineck y Rolandseck; total, veintinueve fortalezas medio desplomadas, sobreponiendo el recuerdo de los rhingraves al recuerdo de los volcanes, la huella de las guerras á la huella de las lavas, y completando de una manera formidable

el aspecto severo de las colinas. Cuatro de estos castillos fueron edificados en el siglo once: Ehrenfels, por el arzobispo Siegfried; Stahleck, por los condes palatinos; Sayn, por Federico, primer conde de Sayn, vencedor de los moros de España; Hammerstein, por Oton, conde de Veteravie. Dos fueron construidos en el siglo doce: Gutenfels, por los condes de Nuringen, y Rolandseck, por el arzobispo Arnould II, en 1139; dos en el trece: Furstenberg, por los palatinos, y Rheinfels, en 1219, por Thierry III, conde de Katzenellenbogen; cuatro en el catorce: Vogtsberg, en 1340, por un Falkenstein; Fursteneck, en 1348, por el arzobispo Enrique III; el Gato, en 1383, por el conde de Katzenellenbogen, y el Raton, diez años despues, por un Falkenstein. Uno tan solo data del siglo diez y seis, Philipsburg, construido de 1568 á 1571 por el landgrave Felipe el Joven. Cuatro de esas ciudadelas, todas las cuatro de la ribera izquierda, cosa notable, Reichenstein, Rheinlein, Falkenburg y Sonneck, fueron destruidas en 1282 por Rodolfo de Hapsbourg; una, el Rolandseck, por el emperador Enrique V; cinco por Luis XIV en 1689: Fursteneck, Stahleck, Schöenberg, Stolzenfels y Hammerstein; una por Napoleon, el Rheinfels; una por un incendio, Rheineck, y una por la Banda Negra, Gutenfels. No se sabe quién construyó Reichenstein, Rheinlein, Falkenburg, Stolzenfels, Reineck y Markusburg, restaurado en 1644 por Juan el Batallador, landgrave de Hesse-Darmstadt. No se sabe quién demolió Vogtsberg, antigua morada de un señor consagrado, como el nombre lo indica; Ehrenfels, Fursteneck, Sayn, el Gato y el Raton. Más profunda es aun la noche que cubre seis de esas mansiones, Heimbürg, Rheinberg, Liebenstein, Sternberg, Lahneck y Okenfels. Salieron de la sombra y volvieron á entrar en ella. No se sabe ni quién los construyó, ni quien los destruyó. No hay nada tan extraño, en medio de la historia, como esa espesa oscuridad, en la que se apercibe confusamente, hácia el año 1400, el hormiguero tumultuoso de la confederación rhenana guerreando con los señores, y en la que se distingue todavía más lejos, en las tinieblas engrosadas del siglo doce, el fantasma temible de Barbaroja exterminando á los burgraves.

Muchas de esas antiguas fortalezas, cuya historia se ha perdido, son semi-romanas y semi-carlovingias. En las otras ruinas aparecen las figuras iluminadas

con más claridad. Se puede dar con ellas en la crónica esparcida aquí y allá en los viejos archivos. Stahleck, que domina á Bacharach y que se dice que fué fundada por los hunnos, vió morir á Herman en el siglo doce; los Hohenstaufen, los Güelfos y los Wittelsbach la habitaron, y fué sitiada y tomada ocho veces de 1620 á 1640. Schöenberg, de donde salieron la familia de los Belmont y la leyenda de las Siete-Hermanas, vió nacer al gran general Federico de Schöenberg, cuyo singular destino fué consolidar á los Braganzas y precipitar á los Estuardos. El Rheinfels resistió á las ciudades del Rhin en 1225, al mariscal de Tallard en 1692, y se rindió á la República francesa en 1794. El Stolzenfels fué la residencia de los arzobispos de Tréveris. Rheineck vió extinguirse el último conde de Rheineck, muerto en 1544, canónigo guardián de la catedral de Tréveris. Hammerstein sufrió la contienda de los condes de Veteravie y de los arzobispos de Maguncia, el golpe del emperador Enrique II en 1017, la huida del emperador Enrique IV en 1105, la guerra de los Treinta años, el paso de los suecos y de los españoles, la devastación de los franceses en 1689 y la vergüenza de ser vendida en cien escudos en 1823. Gutenfels, el altivo mirador de Gustavo Adolfo, el agradable asilo de la bella condesa Guda y del enamorado emperador Ricardo, cuatro veces sitiado, en 1504 y en 1631 por los hesseses, en 1620 y en 1642 por los imperiales; vendido en 1289 por Garnier de Munzenberg al elector palatino Luis el Severo, mediante dos mil cien marcos de plata, fué envilecido en 1807 al cederlo por seiscientos francos. Esta larga y doble serie de edificios, á la vez poéticos y militares, que llevan en su frente todas las épocas del Rhin y que relatan todas las leyendas, comienza delante de Bingen, por el castillo de Ehrenfels á la derecha y la torre de las Ratas á la izquierda, y acaba en Koenigswinter por el Rolandseck á la izquierda y el Drachenfels á la derecha. Simbolismo sorprendente y digno de ser notado al paso: la inmensa arcada cubierta de hiedra del Rolandseck haciendo frente á la caverna del dragon que mató Sigefroi el Cornudo, la torre de las Ratas haciendo frente al Ehrenfels, es la fábula y la historia que se miran.

Yo no registro aquí más que los castillos que se ven en el Rhin y que todo viajero distingue al pasar. Pero por

poco que se penetre en los valles y en las montañas, se encuentra una ruina á cada paso. Solamente en el valle de Wisper, en la orilla derecha, en un paseo de algunas leguas, he podido comprobar la existencia de siete: el Rheinberg, castillo de los condes del Rhingau, trinchantes hereditarios del Sacro-Imperio, extinguidos en el siglo diez y siete, formidable fortaleza que molestaba en otro tiempo al importante municipio de Lorch; en los matorrales, Waldeck; en la montaña, en la cresta de una roca de esquiste, cerca de un manantial de agua mineral, que fecundiza algunas mezquinas cabañas, el Sauerburg, construido en 1356 por Roberto, conde palatino, y vendido en mil florines, durante la guerra de Baviera, por el elector Felipe á Felipe de Kronberg, su mariscal; Heppenheff, destruido no se sabe cuándo; Kammerberg, propiedad que pertenecía al dominio de Maguncia; Nollig, antiguo real, del que queda una torre; Sareck, que se levanta en el bosque frente por frente del convento de Winsbach, como el caballero se coloca frente á frente del sacerdote en la antigua sociedad. Hoy el castillo y el convento, el noble y el sacerdote, son dos ruinas. Solo el bosque y la sociedad, renovados cada año, han sobrevivido.

Si se explora los Siete-Montes, se encuentra en ellos, en el estado de restos escondidos entre la hiedra, una abadía, Schomberg, y seis castillos: el Drachenfels, arruinado por Enrique V; el Wolkenburg, oculto en las nubes, como lo dice su nombre, arruinado por Enrique V; el Lowenberg, donde se refugiaron Bucer y Melancton, y de donde huyeron despues de su matrimonio, que glorificaba la heregía, Inés de Mansfeld y el arzobispo Guebhard; el Nonnenstromberg y el Celberg, construidos por Valentiniano en 368, y el Hemmerich, mansion de aquellos atrevidos caballeros de Heinsberg que hacían la guerra á los electores de Colonia.

En la llanura, al lado de Maguncia, está Frauenstein, que data del siglo doce; Scharfenstein, feudo arzobispal, y Greifenklan, construido en 1350. Al lado de Colonia está el admirable Godesberg. De dónde viene ese nombre Godesberg? ¿Es del tribunal de canton, *Goding*, que estaba allí establecido en la Edad Media? ¿Es de *Wodan*, el mónstruo de diez manos, que han adorado allí los ubianos? Ningun anticuario etimologista ha resuelto esta cuestión.

Como quiera que sea, la naturaleza,